

# LA TEORÍA DE LA FELICIDAD EN JULIÁN MARÍAS: CLAVES DE LECTURA PARA EL ABORDAJE DEL PROBLEMA A PARTIR DE LA OBRA *LA FELICIDAD HUMANA*

Milton Andrés Galeano López<sup>1</sup>

## Resumen

Julián Marías es un pensador español que habitualmente relacionamos con la antropología filosófica, la metafísica y el personalismo. Pareciera que un asunto como el de la felicidad no fuera uno del que se ocupara. Sin embargo, encontramos un texto desde el cual hace una interesante reflexión en torno a ese tópico, lo que nos permitiría comprender muchas situaciones de infelicidad que vemos en el mundo actual. En este artículo presentamos su propuesta básica en torno a la felicidad desde la lectura de su obra *La Teoría de la Felicidad*. Para ello será necesario revisar los conceptos claves que nos servirán para introducirnos al sentido de la felicidad en Marías, luego asumiremos de lleno su propuesta. Se finalizará con la presentación sintética de algunos aspectos que deben tenerse presente para alcanzarla.

**Palabras clave:** Felicidad, infelicidad, Julián Marías, filosofía española, trayectorias, futurización,

## Introducción:

El libro *La Felicidad Humana* es, como su nombre muestra explícitamente, un tratado riguroso de un problema que surgió tempranamente en la reflexión humana: la felicidad. Julián Marías utiliza, en este escrito, un lenguaje que dista del uso de tecnicismos sin sentido y en su organización responde a una estructura que va y viene sobre los términos y los escenarios en que estos se explican, en procura de ir modelando, por así decirlo, una teoría de la felicidad.

El proyecto de escribir un libro sobre la felicidad humana, surge en el autor a partir de una serie de conferencias que este había diseñado para el desarrollo de un curso con el mismo nombre en el Instituto de España. El nombre del libro, cuenta Marías, referencia explícitamente la humanidad porque no puede descartarse de manera tajante la existencia de la felicidad animal, ni la felicidad angelical o

---

<sup>1</sup> Estudiante de la licenciatura en Filosofía y Letras. Artículo presentado como requisito para la obtención del título. Director: Ph. D. Conrado Giraldo Zuluaga

divina; pues estos son ámbitos en los que también puede transcurrir la vida, aunque de maneras poco comprensibles para los seres humanos, lo que tampoco permitiría ignorar la posible existencia de felicidad en tales maneras de vivir.

Pero para hablar de la felicidad, al autor afirma que es necesario pensarla de manera concreta, conexa, imaginativa procurando ejemplificarla para entender qué es lo que busca el ser humano cuando afirma que está buscando la felicidad, o determinar qué es lo que no se tiene o qué es lo que se ha perdido cuando se expresa que no se es feliz. Para eso, es necesaria también una revisión de la propia experiencia de felicidad, de la experiencia de felicidad de otros que se conozcan, de la que se puede encontrar en la literatura o en la ficción, en el arte o en las cosas. Los pocos referentes de estudios sobre la felicidad, dejaron ver al autor una escases conceptual que pudiera nutrir de manera seria el análisis sobre la felicidad humana y, por lo tanto, se propuso llevarlo a cabo.

Este artículo pretende exponer la teoría de la felicidad que Julián Marías desarrolla en su obra *La felicidad humana*, con el fin de proveer de claves de lectura para abordar el problema. Para esto, se identifican los conceptos claves para entender la felicidad, de acuerdo con el pensamiento del autor. Luego, se muestra el planteamiento que el libro propone acerca de la felicidad. Por último, se consideran algunos aspectos que el ser humano debe tener presente a la hora de arriesgarse a ser feliz. Esto llevará al lector a realizar un recorrido por los principales temas abordados, tanto por Marías como por la tradición filosófica española, tales como la futurición, la muerte, las trayectorias y la proyección y a asumir una de las tareas del filósofo en las sociedades de todo tiempo.

### **Conceptos claves para la comprensión de la felicidad en Julián Marías**

En *La felicidad humana*, Marías hace énfasis en la poca atención intelectual que ha despertado el tema de la felicidad a través de la historia de la humanidad pese a que todos los seres humanos buscan la felicidad; pero expone también la dificultad en los métodos para su estudio como una razón por la que dicho fenómeno hubiese podido suceder; pues desde diferentes perspectivas científicas, la felicidad es un objeto problemático en sí mismo para su estudio.

Para el positivismo, que es tomado como ejemplo por el autor, nada que no pueda ser comprobado puede estudiarse, lo que resulta siendo una situación sin salida en el caso de la felicidad ya que la presencia o ausencia de esta no puede ser comprobada a partir de la aplicación de un instrumento o método riguroso de investigación. Este es pues un vacío que el autor corrigió y va haciendo evidente

durante todo el recorrido del libro, acudiendo a la lingüística como disciplina científica que estudia la estructura de las lenguas, su desarrollo evolutivo y su organización interna. El estudio lingüístico fue la manera entonces como Marías analizó las diferentes formas en que se ha ido concibiendo y viviendo la felicidad a lo largo de la historia de la humanidad.

En este sentido, el autor se refiere en primer lugar a las palabras que son antónimas a felicidad: infelicidad, des-gracia, des-dicha, etc. notando un elemento de relevancia en estas y es que sólo pueden definirse en virtud de la felicidad misma, es decir, denotan una falta, una ausencia precisamente de felicidad, de dicha, de gracia; lo que para el autor es una ventaja ya que prueba que la felicidad es un concepto que tiene sentido en sí mismo: “La infelicidad en cualquiera de sus formas es algo secundario, derivado, privativo, negativo respecto a la felicidad. Esto nos llevaría a pensar que la felicidad, al menos en algún sentido, pertenece al hombre” (Marías, 1989, p. 15).

Entre los usos lingüísticos citados en el libro, se encuentra el de la cultura griega y romana, usos que se referían a la felicidad de una persona desde el balance de toda su vida, pues cuando este ya había muerto se expresaba algo como “esta persona fue feliz”. En cambio, en el uso lingüístico actual “felicidades” o “feliz año” hace referencia a una felicidad momentánea, de un instante (Marías, 1989, p. 18).

Para el cristianismo, la felicidad equivale a la salvación, la cual puede ser conquistada hasta el último momento de la vida: “Una vida enormemente pecaminosa puede desembocar en la salvación mediante el arrepentimiento (Don Juan Tenorio dice que «un punto de contradicción /da a un alma la salvación»)” (Marías, 1989, p. 18). Esto trae consigo dos riesgos de acuerdo a lo expuesto por el autor: por un lado, olvidarse de la felicidad en esta vida y la otra, que no se cuenta con la felicidad después de la vida terrenal; por lo que esta no se desea ni se imagina.

Actualmente, la felicidad se suele entender como algo abstracto y generalizado, atendiendo más a las condiciones que se requieren para ser feliz desde perspectivas como las sociales, las circunstanciales y las psicológicas; sin embargo, la felicidad es expuesta por Marías como algo propio, íntimo y particular a cada ser humano. Las condiciones pueden ser facilitadoras u obstaculizadoras de la misma, de acuerdo al autor, pero de ninguna forma pueden ser definidas como la felicidad misma; por lo tanto, no hay una sola manera de concebir la felicidad; al respecto, Marías afirma: “sentirse feliz o

no depende de la época, del país, del tipo humano, de cada caso individual y de cada una de las fases de la vida” (1989, p. 23)

Otra de las soluciones que implementó el autor, frente al vacío conceptual que encontró en cuanto al estudio de la felicidad, fue el llamado método visual para profundizar en la felicidad del ambiente. Este consistió en el análisis de los elementos de felicidad colectiva que se podía observar en las calles y que ofrecía puntos interesantes acerca de la felicidad que podía abstraerse en un lugar u otro.

Por otro lado, se puede decir que el hombre es feliz o no, pero no se puede decir que una sociedad es feliz o no, pues no se puede perder de vista el carácter íntimo y personal de la felicidad: “Se entiende que felicidad quiere decir ser feliz yo –o alguna persona singular” (Marías, 1989, p. 162). Pese a esto, se aclara que la sociedad es el marco en el que transcurre la vida del ser humano y por ende donde acontece la felicidad del mismo, lo que sugiere que la sociedad puede hacer más o menos probable el acceder a dicha felicidad aunque esta no pueda ser caracterizada como feliz o no.

La felicidad es imposible de alcanzar en su plenitud. Sin embargo, es un ideal que el hombre busca con mayor o menor esperanzas, pero todos los seres humanos la necesitamos. Es por esto que el autor habla de ésta como el “Imposible necesario” y, a pesar de no poder ser completa y absoluta, el ser humano la busca incansablemente, y así debe ser: Para el autor es motivo de escándalo reconocer que hay personas que no conciben siquiera el hecho de buscar su felicidad, pensando que su vida ya está dada y que no hay nada que pueda hacerse para hacerla más feliz; como si aceptaran su condición de infelicidad como algo dentro de la normalidad, como si la vida humana estuviera determinada por sujetos externos a cada individuo, tal como sucede con los animales.

De los animales podemos decir que tienen una naturaleza definida, reaccionan según las condiciones objetivas de su vida, tienen una vida placentera y aquellos que están domesticados por el hombre tiene un cierto grado de humanidad, es decir, participan de la vida humana, sin embargo, esta condición propia del animal imposibilita hablar de ellos en términos de felicidad o infelicidad. Por el contrario, del hombre no se puede decir que tiene una naturaleza definida, pues el hombre actúa no por su condición natural sino porque elige, lo imagina, lo planea e incluso cambia las decisiones según sus objetivos, pudiendo tener como resultado una mejor o peor fortuna. Por lo tanto, es posible decir que la felicidad humana no es natural: “Felicidad no es, pues, una vida «natural», porque no la tenemos

ni sabemos cuál sería, sino que entendemos que una vida es feliz cuando podemos decir de ella lo mejor que se puede decir, lo mejor que se puede esperar” (Marías, 1989, p. 24).

Pero para el autor la felicidad tampoco es algo natural, para él nada es natural en la vida del ser humano, la felicidad pertenece a su naturaleza compleja por excelencia, pero no es natural; pues ser hombre consiste en intentar ser lo que no se es, es continuar la búsqueda siempre; lo que constituye la definición de vivir.

El hombre es un concepto, entonces, que se va desarrollando durante todo el texto en expresiones que buscan ir configurando la naturaleza misma que lo envuelve y lo define. Para comenzar, Marías afirma que el hombre es futurizo, se proyecta continuamente, su vida es constantemente expectativa. Lo particular es lo que cada uno espera.

La vida es pues una sola, única, es una “operación unitaria” (Marías, 1989, p. 209), pero su configuración la componen muchas dimensiones que se intercalan para erigirla como una sola integral. Estas dimensiones se compactan en instalaciones que son los elementos que subsisten en la vida del ser humano, que permanecen como una estructura persistente, pero que se va transformando en el papel que cumple en la misma. Marías compara las instalaciones con el cauce de un río (para aclarar el concepto), el cual va siendo entretejido por las situaciones, circunstancias, imprevistos, hechos que van aconteciendo en la vida y que van enmarcando el transcurrir mismo de esta; por ejemplo, el género, la familia que recibe a un nuevo ser humano, etc. que son elementos que se conservan a lo largo de la existencia, pero que la manera de experimentarlos va cambiando.

Además del concepto de instalación, el autor también hace referencia al concepto de vector, que es la dirección hacia la que se dirige la instalación como un blanco en el que se desea chocar, donde la palabra blanco es usada para referir las decisiones que tomamos y donde la figura de flecha (como ícono que distingue el vector) se asocia con el arco cuyas tensiones la dirigen hacia dicho blanco. Por ello, Marías define la vida como una “instalación vectorial” (1989, p. 211), es decir, la vida como recorrido que va aconteciendo y en la que se va influyendo en las personas que están alrededor por decisión propia. El vector entonces no es sólo la influencia que se ejerce sobre los demás, sino también la influencia que se desea ejercer, hacia dónde se quiere llegar, a quien se quiere influenciar. Los vectores por ende no son estáticos, por el contrario, son continuos, constantes, en movimiento siempre porque siempre se están tomando decisiones.

La felicidad es definida pues por los elementos que configuran la vida misma, pero en virtud de otras realidades que se relacionan con esta. Es una instalación que se encuentra ubicada en momentos, pero que afecta las dimensiones parciales de la vida y como instalación no es rígida, es inestable, evolutiva se va transformando.

La vida del ser humano se mueve entonces entre la certidumbre y la incertidumbre, entre la seguridad momentánea y la inseguridad misma que envuelve la existencia humana; ya que en esta no hay seguridades absolutas. De acuerdo a lo expuesto por el autor, se pudiera entender que la vida está definida a partir de las dimensiones parciales que la van configurando (la familia, el trabajo, las amistades, etc.) pero sin olvidarse del carácter unitario de la misma. Así, por ejemplo, se puede tener una vida con muchas certidumbres parciales: seguridades acerca de la familia, el trabajo, la sociedad en la que se vive; pero con una gran incertidumbre radical, es decir, un inmenso vacío aun teniendo todo para ser feliz (Marías, 1989, p. 213). Ocurre también el caso contrario, una vida con muchas incertidumbres parciales, pero contando con una certidumbre radical que puede llevar al hombre a ser feliz aún en condiciones de extrema adversidad: “Análogicamente, puede haber momentos de felicidad dentro una infelicidad radical: o se puede ser feliz –radical y sustancialmente feliz- en medio de considerables sinsabores, privaciones o sufrimientos” (Marías, 1989, p. 214).

La felicidad, entonces, guarda una similitud con la certidumbre (Marías, 1989, p. 213), con la confianza, la cual afecta la manera como se ve y se asume la realidad. El balance de la vida misma estaría dado cuando las felicidades parciales se van incorporando a la vida misma, es decir, la felicidad que se obtuviera en una de las dimensiones de la vida iría expandiéndose sobre la vida como totalidad unitaria e integral (Marías, 1989, p. 214).

Por otro lado, la vida humana está marcada por la temporalidad y por la secuencialidad en las etapas que va recorriendo. Lo que impone una exigencia importante al ser humano y es la necesidad de “acertar” siempre en las decisiones que toma, ya que sólo hay una vida, una oportunidad, una vez para decidir.

Además, aunque la vida es una sola, esta se va segmentando por épocas por edades; cada una de las cuales dependerá de las etapas anteriores y las posteriores dependerán, a su vez, de la etapa actual. Esto también implica, de acuerdo a lo expresado por Marías, que las etapas de la vida propongan diferentes deseos, limitaciones, que las cosas sean más o menos importantes, que las

instalaciones tengan una ubicación más o menos privilegiada; lo que va derivando en una jerarquización.

Esta jerarquización de las trayectorias que componen la vida del ser humano, es a su vez un mecanismo de decisión, elección y postergación en el que las disposiciones tomadas exigen el aplazamiento de unas trayectorias por otras, el abandono y la frustración de otras tantas. Es por esto que no se puede ser feliz completamente y, al enunciar quien se es, no sólo emergen las realidades que se han podido asumir de manera libre y comprometida, sino también aquellas a las que se ha debido renunciar o aplazar, pero que también se hubieran querido vivir; lo que condiciona también el sentirse bien o mal frente a un hecho o situación específica.

Por otro lado, a la vida humana le pertenece también la inquietud, porque la estabilidad no es perenne, al contrario, es fugaz; el núcleo mismo de la vida es la inseguridad, nada en la vida del ser humano es seguro, por ello la estructura de la vida tiene tres características: es inesperada, insegura y cambiante.

Emergen aquí dos conceptos importantes en el libro y que, de una u otra forma, aportan a la comprensión de lo que es la vida humana y la felicidad; porque para el autor, hablar de felicidad es referirse primariamente a la vida del ser humano en su totalidad. Estos conceptos son el placer y la trayectoria.

En el libro son constantes las referencias que se hacen acerca de lo que es placer, ya que este suele confundirse reiteradamente con la felicidad misma. Marías reconoce la importancia del placer en la vida humana, pues es un acto psíquico que acompaña los logros conseguidos: "El placer es un acto psíquico, que Husserl llamaría intencional; es decir, tiene un objeto: siento placer por algo. Recuérdese lo que vimos en Aristóteles: el placer es rigor, no se puede buscar; es un «fin sobrevenido», algo que acompaña al logro o la realización de algunas cosas que nos interesan y directamente buscamos" (1989, p. 182). No obstante, distingue ambos conceptos: por un lado, el placer es momentáneo, pertenece a un solo instante; mientras que la felicidad es principalmente futurización, alegría de la espera de un gozo determinado que llena todas las instancias de la vida.

El placer no es el único concepto que puede confundirse con la felicidad, la diversión también puede ser engañosa en el sentido que, de algunas formas o vivida de manera frecuente, pudiera ser relacionada con esta. Diversión, etimológicamente hablando, viene de la palabra *verteré* que significa

volver o volverse; di-versión entonces, es apartarse de algo y volver luego sobre esta misma, es decir, suspender la cotidianidad, la rutina.

La función de la diversión es entonces el descanso, posibilitar en el hombre la realización de otras actividades para que luego vuelva a su realidad; lo que le confiere a la diversión la tarea de dilatar la vida: “La diversión me enriquece, me lleva a otros lugares, presencias, paisajes, historias; es una expansión hacia lo irreal e imaginario” (Marías, 1987, p. 192). Sin embargo, pasa lo mismo con el placer y con la diversión: cuando ambos son constantes e inmediatos, la felicidad de la anticipación merma considerablemente o desaparece y, por lo tanto, niega la posibilidad de que sea felicidad.

Cuando se espera un acontecimiento feliz, por el contrario, la felicidad no se da solamente en el momento del acontecimiento, sino que se presenta desde su espera misma, que produce gran felicidad al igual que el tiempo posterior al evento que brinda felicidad. Esto ocurre también en el caso de la infelicidad, que, al estar esperando un acontecimiento triste, este se padece desde la espera de la ocurrencia del acontecimiento y aún después. El placer entonces es temporal, va admitiendo repetición y genera sentimientos de satisfacción, pero que resultan siempre escasos. Además, el placer se enfoca sólo en una dimensión de la vida lo que hace que el aburrimiento y el cansancio por la repetición del mismo lleguen fácilmente.

Dado esto, las pretensiones personales (las cuales se van construyendo de acuerdo a las pretensiones que proponen las épocas y sociedades en las que se desarrolla la vida del hombre), van configurando el proyecto vital de cada ser humano, el cual, a su vez, propone la búsqueda de placeres particulares a veces encubiertos por cierta ilicitud, que le confiere un valor superior. La felicidad entonces no puede equipararse ni con el placer ni con la diversión, pero éstas la nutren desde la funcionalidad que deben cumplir en la vida del hombre.

Para comprender el concepto de trayectoria es necesario recordar el carácter integral de la vida del hombre, pero que se encuentra compuesta por múltiples recorridos que tienen origen en diferentes momentos de la vida, poseen una duración determinada y se componen por una organización temporal que va estructurando la vida particular, la de cada uno: “una trayectoria comienza en un momento, tiene una duración determinada (algunas pueden durar la vida entera, pero no es lo frecuente), tiene su cumplimiento, su realización o su extinción a otras alturas de la vida” (Marías, 1989, p. 269). Esta estructura, entonces se va renovando, nuevas trayectorias se inician en cada etapa de la vida, otras



se interrumpen y algunas permanecen, pero el lugar que ocupa en la vida se transforma, pues las personas se ven con ojos diferentes, las actividades cambian de prioridad, las pretensiones varían, etc., es decir, las trayectorias evolucionan.

Dichas trayectorias se van fijando pues en la vida de los seres humanos, pero no de forma aislada, sino más bien contando con un pasado que no se puede transformar, y, aquellas trayectorias que se interrumpen o que se frustran, pueden dejar un espacio que puede llenarse de nuevo o no, dependiendo del carácter que tenga la trayectoria en la vida de alguien, aquí entonces se podría hablar de lo insustituible, de trayectorias que es imposible para un ser humano reemplazar.

Por otro lado, una trayectoria nueva transforma las trayectorias que componen la vida de un ser humano, haciendo que las que permanecen adquieran mayor o menor importancia y se transforme o no también la intensidad con la que se viva una u otra trayectoria dependiendo además de la intensidad misma con la que se viva la vida. Las trayectorias están sujetas a la vida misma, son la vida y se relacionan con uno en cuanto van poniendo en evidencia el ser que se es, "quien soy yo mismo", de manera paulatina y a través de la forma como cada uno comprende la realidad, acertando o llegando al error. Se va descubriendo entonces quien se es en realidad a través de las decisiones que se van tomando a partir de uno mismo, de lo que se es en realidad; y si no se llega a disposiciones por conveniencias, gustos, por satisfacer a otros, etc. se puede alcanzar la vida auténtica:

Hablamos, ciertamente, de la trayectoria de una vida; pero si digo simplemente lo que he hecho y me ha pasado, no presento mi realidad completa, que incluye además lo que no he hecho, lo que me pudo pasar pero no me pasó, lo que he podido hacer y lo que no pude, lo que he querido hacer y luego he abandonado, o se ha frustrado o desvanecido. Es decir, hay una pluralidad de trayectorias, realizadas, iniciadas, abandonadas, frustradas, tal vez recuperadas, y todo eso compone mi vida. Esta es la razón fundamental de que la felicidad sea imposible en este mundo, aun suponiendo que siempre acierte, y que además pueda realizar eso que he elegido y preferido: tengo que renunciar a otras muchas cosas, a otras trayectorias que también me atraen, que son más. (Marías, 1989, p. 29)

Pero la relación entre el "yo" y las trayectorias que configuran la propia vida es recíproca, dado que no sólo las trayectorias van configurando quien se es en realidad, sino que también ese "yo" que se va transformando, puede ir cambiando la forma en la que se ven y se viven las trayectorias.

Hasta ahora se ha abordado la fundamentación teórica e histórica de lo que se ha concebido como felicidad y se ha conceptualizado en lo que es la vida humana como principio para comprender la

felicidad de acuerdo a la postura de Marías, pues para el autor los mismos elementos que configuran la vida humana son los que deben abordarse para comprender la felicidad en el ser humano. Se va a procurar en adelante, definir el concepto de felicidad según Julián Marías.

### **El concepto de felicidad según Julián Marías**

El concepto de felicidad va emergiendo en el texto básicamente como futurización, como la espera del gozo que es la característica más importante de esta. De manera particular, se podría hablar entonces de “pretensión” como concepto que pudiera definir la felicidad.

Las pretensiones son las aspiraciones que tiene un ser humano como medio para alcanzar la felicidad de acuerdo a la época y, en general, a la sociedad a la que se pertenece, pues cada una propone pretensiones específicas para alcanzar la felicidad (Marías, 1989, p. 221). Por tanto, podría afirmarse que la mayoría de las personas alcanzan la felicidad pues, en casi todos los casos, las personas cubren las pretensiones que propone su sociedad y época, aunque esta felicidad no pueda ser plena totalmente.

La felicidad también es definida por el autor como aquello que nos pertenece, lo propio, lo que es de cada uno en su particularidad e incluso, en su intimidad. Es aquí donde Marías introduce el concepto de circunstancia, definido, en palabras de Ortega, (citado por Marías, p. 36), como lo que es explicado en virtud de que no es sólo el yo y el propio proyecto de vida el que define la posibilidad de acceder a una pretensión, sino también las circunstancias en las que se desarrolla la propia vida (el azar, las condiciones sociales, la familia, etc.).

La pretensión como base de la felicidad podría ser explicada bajo dos ópticas humanas opuestas, pero bien interesantes: la primera, explicaría el concepto de felicidad para quienes las pretensiones de la vida son muy bajas, lo que supondría el fácil acceso de estas personas a la felicidad; la segunda, explicaría el concepto de felicidad para quienes tienen pretensiones muy altas, lo que supondría mayor dificultad para alcanzarla y por ende la infelicidad (Marías, 1989, pp. 37-40). Sin embargo, el autor afirma también que pudiera darse el caso de que la segunda forma de concebir la felicidad no llevara

necesariamente a la infelicidad, sino al hecho de que, aunque se sea feliz, se necesita mayor felicidad, como una búsqueda incansable de lo que ya se tiene.

Por otra parte, las pretensiones generan, a su vez, expectativas y estas se van configurando cada día, en su particularidad y en las características únicas que lo componen. Además, dichas expectativas tienden a ser valoradas al final de cada uno de estos, pues siempre está latente la posibilidad como parte de la realidad: ¿qué posibilidades se tienen de que se cumplan las propias expectativas? Y si estas no se cumplen, ¿qué posibilidades se tienen de que se desarrolle una u otra situación emergente o inesperada? Al respecto, Marías afirma que se puede ser feliz o no en un día cualquiera sin una razón evidente, pues el carácter íntimo de la felicidad hace que se pueda llegar a ser feliz o no un día por una razón que sólo conoce el individuo; así, si al final del día se evalúa lo que se esperaba de este comparándolo con lo que se hizo en realidad, se puede determinar si se hizo algo por encontrar la felicidad.

Pero la vida humana no es individual solamente, también es social y por ende también la sociedad a la que se pertenece puede o no facilitar la felicidad (Marías, 1989, pp. 40-43). En la antigüedad, el hombre se encontraba más vinculado a su ciudad, a su pueblo; este hacía parte de sus pretensiones, si alguien tenía alguna pretensión por fuera de su sociedad se le consideraba profano, pecador; o siendo optimista, era considerado un transformador de la realidad. Inclusive, en muchos pueblos antiguos, el destierro, sacar a las personas de sus raíces, era considerado el peor de los castigos. Sin embargo, en el hombre actual, prevalece el reconocimiento de la individualidad, y se prefiere dejar la propia tierra que quedarse en esta siempre. También es necesario mencionar que hay diferencias en los niveles de pretensión de felicidad de los pueblos (Marías, 1989, pp. 224-227) y este podría configurarse a partir de la pregunta: ¿qué es lo que se le pide a la vida?

Otro de los conceptos que se relaciona con la felicidad, de acuerdo a lo encontrado en el texto, son las ocupaciones felicitarias. La palabra ocupación, hace referencia a algo que es necesario llenar u ocupar y, junto al adjetivo felicitario, la expresión puede entenderse como actividades que producen placer, son voluntarias y “deliciosas” y se realizan para llenar un espacio o momento dado, que no siempre está destinado a brindar felicidad. Las ocupaciones felicitarias están determinadas por la edad, la sociedad, los intereses, los recursos, posibilidades, etc. (Marías, 1989, pp. 196-1977). Estas son activas, programáticas y han ido evolucionando junto al hombre a lo largo de su historia.

Las ocupaciones felicitarias, además, presentan un orden vital de preferencias que se puede relacionar con cierta jerarquía en cuanto a los intereses particulares de cada ser humano. Pero para que estas sean felicitarias, es necesario que el ser humano sea completamente sincero en cuanto a aquello que lo hace feliz para elegir las y disfrutarlas, pues puede pasar que se elijan estas sin tanta honestidad y, por ello, se pierda la oportunidad de ser realmente feliz al desarrollarlas.

Entre las ocupaciones felicitarias más recurrentes en el hombre se encuentran:

- La caza. Esta es una actividad que ha ocupado al hombre como fuente de felicidad desde tiempos muy antiguos y pone al hombre en una posición de desafío frente al animal cazado. Esta puede ser vista como una tregua que se le da a la humanidad, ya que el hombre toma el lugar del depredador momentáneamente para luego volver a su lugar de humanizado, por lo que resulta altamente felicitaria para quienes gustan de ella (Marías, 1989, p. 201).
- El deporte. Esta actividad había sido muy activa hasta hace poco tiempo cuando las personas se dedicaban a un deporte como afición o *hobbie*. Sin embargo, este papel se ha ido transformando poco a poco tornándose actualmente en una actividad en la que el hombre ya no es protagonista sino espectador (Marías, 1989, p. 201).
- La conversación. Principalmente concebida desde la tertulia como la disposición de las personas para conversar e intercambiar ideas acerca de cualquier tema (Marías, 1989, pp. 202-203).
- Las fiestas. La organización previa de la fiesta, ofrece en sí misma una oportunidad felicitaria dado el carácter futurista de la felicidad, así, aunque la fiesta no resulte ser la mejor o tan perfecta como se había pensado, el hecho de pensarla, soñarla, anticiparla; trae consigo una gran dosis de felicidad. El desarrollo de la fiesta trae consigo la bebida, la comida, la música, la danza, el canto... que son actividades altamente felicitarias para los seres humanos (Marías, 1989, pp. 203-204).
- La lectura. Aunque no todas las lecturas son felicitarias, esta es una actividad que brinda altos niveles de felicidad a muchos, cuando encuentran lecturas apasionantes e interesantes para ellos (Marías, 1989, pp. 204-205).
- El cine y cualquier otro tipo de manifestación artística en general ofrece altas dosis de felicidad tanto a quienes se dedican a construir obras de arte como a quienes se dedican a contemplarlas (Marías, 1989, pp. 205-206).

Ahora bien, las diversas formas de relación intersexual (la galantería, el juego, la conquista y, sobre todo, la amistad y el amor) suelen ser las ocupaciones más intensas e importantes para muchas sociedades (Marías, 1989, pp. 206-208). El intercambio con personas del otro sexo es de las ocupaciones felicitarias más intensas que puede experimentar el ser humano; aunque estas también dependen de la edad y las circunstancias, pues hay épocas de la vida en que la relación con el otro sexo es lo principal y hay otras en las que éstas pasan a un segundo plano.

La felicidad es, por ende, un ingrediente fundamental de cada una de las vidas humanas, aunque hay alguna forma de felicidad colectiva que no se acaba con la muerte, que sería la forma en la que se terminaría la felicidad individual. Pero para hablar acerca de la felicidad colectiva, el autor buscó una analogía con respecto a la vida individual, que es realmente donde acontece la felicidad.

Para determinar entonces la felicidad colectiva de una sociedad, se debe tener en cuenta, según Marías, la forma de vida que se desarrolla en ella: la época, la historia y las formas de realización de las pretensiones que esta propone; pues si la felicidad equivale a alcanzar las pretensiones que sugiere una sociedad determinada, entonces debe también revisarse las posibilidades que dicha sociedad plantea a sus miembros para que alcancen dichas pretensiones; lo que podría ofrecer un índice cercano a las posibilidades de alcanzar la felicidad en dicha sociedad.

Pero, aunque esta sería la ecuación supuesta para determinar la felicidad colectiva de una sociedad, surgiría entonces la pregunta acerca de las pretensiones planteadas por ella atendiendo a la pregunta: ¿cuánto de felicidad real ofrecerían dichas pretensiones?, y probablemente, emergería un rango bastante extenso de probabilidades que irían desde las personas que ni las concebirían en sus vidas y otras que llegarían a cumplirlas llegando inclusive al extremo. Además, habría que revisar también la intensidad con la que se pretende y su relación con los recursos que pone a disposición el medio.

La felicidad es personal y está determinada por la actitud que tenga el ser humano frente a la vida, pues esta da pautas acerca del acceso real a la felicidad que pueda tener un ser humano, es decir, la tensión que viva en cuanto a la necesidad de alcanzarla:

La expectativa o pretensión de felicidad define el nivel al que se plantea la cuestión; desde el punto de vista personal, la tensión que tiene cada vida en este orden. La felicidad que podemos realmente tener es muy variable y depende de las circunstancias, del azar, de mil cosas, pero cada uno de nosotros tiene un grado de tensión hacia la felicidad. Esto determina la actitud ante la vida y tiene un carácter no solo individual, sino también colectivo: cada forma

de sociedad hace posible en un grado propio esa pretensión, y con ello el acceso real a la felicidad. Sobre todo, la posibilidad de *intentarlo*. (Marías, 1989, p. 227)

El papel de la sociedad sería entonces la de facilitadora u obstaculizadora de la misma, pues hay sociedades más protectoras que otras, que controlan más o menos la vida privada, etc.; y acá también influye la idea de muerte que prime en la sociedad (Marías, 1989, 324), ya que de esta dependerá también la manera como se concibe la felicidad de acuerdo con la idea de que la muerte sea la finalización de la vida del hombre o no.

La felicidad, como se ha venido viendo, pertenece a la vida misma, permanece en el transcurrir de la existencia del hombre, aunque esta se vaya transformando, vaya evolucionando. La felicidad es, por lo tanto, una instalación vectorial; no corresponde sólo a la realidad psíquica o social sino a la vida como operación unitaria, como un todo formado por múltiples dimensiones: “Lo psíquico es un ingrediente de la felicidad o su comportamiento, algo concomitante, pero no es la felicidad. En otro sentido, las estructuras de la sociedad pueden ser los requisitos que hacen posible o más probable o frecuente la felicidad, pero ésta no consiste en ello, sino en otra cosa por la cual hay que preguntarse” (Marías, 1989, pp. 244-245). Debido a esto, se debe entender que la felicidad no es un estado de ánimo, no es placer y tampoco puede ser encasillada en la estructura social, aunque las sociedades la hagan más o menos accesible a las personas.

Por otro lado, fuente de felicidad es sólo aquello que es insustituible, sin lo que no se puede vivir, aquello que precisamente le confiere valor a la vida; eso es realmente lo que ofrece felicidad. Sin embargo, la felicidad no es perenne o eterna, esta tiene un final aun cuando siempre se esté feliz y es la muerte, la finalización de la existencia. Esta le da a la felicidad un carácter de fugacidad que puede desembocar en la pérdida, inclusive, del sentido de la vida. La brevedad de la felicidad pudiera dar la impresión de obstaculizarla como instalación en la vida, pero esta se encuentra arraigada en el ser humano de manera indeleble.

El hecho de que la felicidad se pierda la afecta a esta sólo desde el exterior, pero su esencia, su instalación en la vida humana es inmutable; así mientras haya un elemento de esperanza, la felicidad podrá seguir instalada en la vida de las personas pese a su carácter fugaz. El tiempo adquiere entonces acá un gran valor, dado que cuanto más cerca esté la muerte se va volviendo más importante y valioso. Se aprende a disfrutar de cada instante, dándole a cada uno de estos un carácter único y,

aunque las personas que participen de estos sean las mismas, se comienza a comprender que ningún instante podrá repetirse.

Así, por ejemplo, si se siente miedo de perder la felicidad, si se siente deseo de ser feliz, ganas de continuar siendo feliz, etc. significa que ya en el ser humano ha habido experiencias de felicidad, que la felicidad ya ha sido conocida, que ha sido experimentada y que está instalada en nosotros de forma imperecedera: "La felicidad se puede originar en una circunstancia concreta; nace, se denuncia, se manifiesta a veces en un punto muy particular, pero envuelve la totalidad de la vida y opera sobre ella una transformación. Cuando una persona es feliz, y en la medida en que lo es, su vida entera queda transfigurada, las cosas adquieren un sentido nuevo, que no tiene el que no posee ya o no ha llegado a la felicidad" (Marías, 1989, p. 247).

La felicidad, pues, transforma todos los aspectos de la vida, dándole nuevos sentidos y significados a las dimensiones de la existencia a partir del sentirse feliz; y como la vida es acción, la felicidad acompaña dicha acción, la acción de existir. Los vectores son magnitudes orientadas y dirigidas con diferente intensidad que van hacia diferentes direcciones. La vida, según Marías, no tiene un solo vector, sino que hay multiplicidad de vectores; por ello la vida misma y la felicidad tienen muchas dimensiones que se conjugan en un todo integral. Estos vectores (decisiones, deseos, proyectos, etc.) tampoco siguen un curso lineal, estos se interrumpen, se desvían, toman atajos si encuentran obstáculos, son dinámicos, se mueven constantemente; lo que ocurre de forma espontánea pues la vida misma va creando nuevos caminos para alcanzar la felicidad cuando alguno de los que vamos recorriendo se interrumpe, se acorta o presenta la necesidad de cambio:

El ser vectorial hace que la felicidad *acontezca*; es una instalación, no simplemente un estado; acontece, crece o mengua, en grados de intensidad variable, pero también en diversas direcciones. Se abren caminos de felicidad o se obturan y cierran. Es como el agua, que se abre paso o se desvía cuando encuentra obstáculos; mana, sigue un cauce, pero si hay en él una piedra, se desvía; si el barro obtura el cauce, se derrama y busca otra salida. La felicidad se defiende mediante desviaciones o rodeos (1989, p. 252).

Con base en esto, la existencia va buscando diferentes maneras de llegar a la felicidad, pero es necesario permitirle fluir, que ella misma vaya aconteciendo y se vaya desarrollando. De forma particular, el autor afirma que muchas personas no se permiten siquiera desear la felicidad por prejuicios, por ideas que van aceptando como reales y verdaderas que no les permiten buscarla. Están convencidas de que la felicidad está negada para ellos, lo cual representa, para Marías, el más grave

error, dado que hay una clara diferencia entre la imposibilidad de alcanzar la felicidad y la negación del hecho de soñarla y buscarla, lo cual es mucho más grave que no tenerla.

La felicidad (o infelicidad) puede originarse en cualquiera de las dimensiones de la vida, pero se va incorporando en todas las demás. Este proceso es inconsciente, lo que implica que puede ser que las personas no se den cuenta de ello, posiblemente porque no tengan experiencias de felicidad (o infelicidad) con la cual ir comparando el recorrido de su vida, por eso no caen en la cuenta de la manera como va transcurriendo en términos de felicidad o ausencia de esta. Así, teniendo en cuenta que la felicidad es futurización, goce de la espera, la irradiación de la felicidad hacia todas las dimensiones de la vida difícilmente se podrá dar si uno mismo no se percata de su propia felicidad. La felicidad entonces tiene la capacidad de transformar todas las esferas de la existencia, igual que ocurre con la infelicidad.

El carácter vectorial de la felicidad hace que la felicidad se anticipe, se futuricen las razones por las que hay felicidad aún sin llegar al hecho mismo que la origina; y esta misma característica hace que cuando se está en una situación difícil anticipando la posibilidad de felicidad, no sea tan arduo sobrellevar las dificultades llegando a la felicidad aun en el dolor. Pasa lo mismo en el caso contrario, es decir, si en un momento de felicidad se anticipa un hecho doloroso o difícil, se comienza a sentir infelicidad aun cuando dicha situación no haya llegado aún.

La dialéctica de la felicidad, es decir, el hecho de que tenga un opuesto (la infelicidad), hace que ser feliz sea un riesgo:

La felicidad es un riesgo: el que se expone a ser feliz se expone también a ser infeliz, y el que no quiere exponerse no será ni una cosa ni otra. Hay una tendencia en muchas personas a retraerse del horizonte de la felicidad, a no atreverse a intentar ser felices. Cuando esto es así, pueden encontrarse al final de la vida con que no han vivido, se entiende, desde sí mismos. Es lo que yo llamaría, si se permite la expresión, la tentación del Limbo. (Marías, 1989, p. 267)

Cada ser humano, por ende, se ve enfrentado a una encrucijada: si no busca ser feliz, estará en un limbo y habrá desperdiciado su vida. Por otra parte, si intenta ser feliz se dispone al todo o nada: o logra ser feliz, o fracasa en su intento y lo pierde todo. Ahora bien, cuando un ser humano se decide a ser feliz, ¿qué podría tener en cuenta para asumir el riesgo de buscarla, aun cuando esto no es un fin de seguro alcance?



## **Cómo alcanzar la felicidad: aspectos para tener presentes**

Alcanzar la felicidad, o vivir en la infelicidad, determina la esencia misma de la vida de un ser humano en su transcurrir dinámico y lleno de movimiento, que va cambiando y que se configura de acuerdo a muchas trayectorias y vectores que se desarrollan al unísono y que se van presentando de forma encadenada bajo un flujo continuo de incertidumbre; lo que siempre deja abierta la puerta a la posibilidad o no de que se cumplan los proyectos, de llegar a ser quien se quiere ser o de no poder alcanzar lo que se quiere, lo que llevaría a la infelicidad.

Por otro lado, la felicidad afecta al proyecto de vida que es el que le da solidez al argumento de la misma, la que le da sentido y la llena de vigor. Pero para proyectarse, para asumir nuevas trayectorias y vectores se necesita la imaginación, se requiere dibujar el trayecto de la vida en la mente, pensarla, verla en la memoria con más intensidad que grandeza. El proyecto vital está influenciado por la época y la sociedad donde esté transcurriendo la vida del hombre; pero está lleno sobre todo de particularidad, de subjetividad, de intimidad; lo que hace que la vida se viva con mayor o menor intensidad y disponga una actitud más o menos posibilitadora de la felicidad de acuerdo a la particularidad de cada ser humano.

La imaginación es definida por Marías (1989, p. 258-260) como el dibujo de la felicidad. Configurar el proyecto de vida llena de felicidad aquello que se quiere ser, pues recuérdese que la felicidad se vive en la anticipación de la felicidad misma que se obtendrá aun cuando no haya llegado todavía y que se refleja aun después de llegar a donde se quería llegar. Todo proyecto vital tiene una gran carga de felicidad en sí mismo alimentado por la imaginación y la intensidad con la que se imagine.

Esto lleva a un hecho que va acompañando cada una de las etapas de la existencia humana, y es la anticipación en la imaginación de cada una de las etapas que se espera vivir, lo que va alimentando las expectativas que se tengan con respecto a las mismas y que las va llenando de felicidad, o infelicidad, dependiendo de la manera particular como se imaginen y proyecten. Es necesario aclarar acá dos puntos importantes que destaca el autor: en primer lugar, si se tienen experiencias de infelicidad en etapas tempranas de la vida, se afectará el sentido de la felicidad en las etapas posteriores a esta de manera profunda. El otro elemento es la conveniencia de que lo que vaya transcurriendo en la vida pueda ser vivido de forma oportuna, es decir, que lo que se tenga pueda ser disfrutado a plenitud en la época de la vida en la que este haya llegado.

Para Marías la base primordial del reconocimiento de uno mismo es el reconocimiento del otro, es decir, el yo existe sólo en virtud del tú: “[...] persona quiere decir *personas*, si no hubiera más que singular no tendría sentido, como veía Unamuno. [...] en el concepto mismo de persona van incluidas otras, y toda actitud solipsista, que pretende construir la realidad personal aislada y única, es en el fondo ininteligible” (1989, p. 282). Ese yo, que es uno mismo, puede verse como unidad biológica o cosa en existencia, si se mira como organismo que tiene características físicas dadas como el peso, la talla, la contextura física, etc. y, por otro lado, se va proyectando en el otro a través de la constitución de relaciones sociales mediadas por el lenguaje.

De este modo, para el autor los seres humanos son la principal fuente de felicidad para los otros, aunque para que esto se presente sea necesario que ese otro sea reconocido y tratado como persona, con dignidad y respeto; de lo contrario sólo podría estar siendo tomado en el lugar de “cosa”, que brinda servicio, placer, etc. pero no felicidad real (Marías, 1989, p. 283). Además, entre más personal sea la relación que se tiene con un ser humano, mayor podrá ser la felicidad que ella pueda ofrecer, por esta razón la felicidad está condicionada por las relaciones interpersonales que tenga el ser humano y en este punto es muy importante tener en cuenta la inspiración y el gusto que se tenga con ellas.

En esta línea de ideas, la soledad (Marías, 1989, pp. 286-287) representaría la relación depravada con otros seres humanos, es decir, no es que haya ausencia de relación con los otros, sino que la relación existente no es de carácter personal, no es satisfactoria, no llena plenamente; además, para que la soledad exista debe haber habido presencia del otro, de manera que pueda experimentarse su ausencia. Lo importante acá sería determinar las formas de presencia de los otros y la manera en que se relacionan con uno.

La continuidad en el contacto con otros y la oportunidad de ser uno mismo en este contacto, es decisivo en las relaciones interpersonales, pues es allí donde radica la mayor fuente de felicidad. Las relaciones con otros ofrecen entonces experiencias de felicidad en la medida que se tienen con personas que están presentes en la vida y que estas configuran el argumento o contenido de la propia existencia; lo que es más fácil de encontrar en las personas que se encuentran por azar y con quienes se entabla relaciones estrechas por propia decisión, pues con estas personas es con las que se puede ser más auténtico dado que las relaciones son impensadas, el otro se vuelve insustituible y, por ende, proveedor de mayor felicidad. El marco entonces de las relaciones humanas es la “condición sexuada”

que potencia un campo magnético entre los seres humanos, lo que posibilita el descubrimiento paulatino del otro y se consigue la sensación de que con ese otro el camino es interminable.

No obstante, las personas pueden ser fuente inagotable de felicidad en la misma medida en que pueden ser fuente de infelicidad, pues es a través de las personas que también se conoce la decepción; a la cual se puede llegar de innumerables maneras, aun desde la postura de quien siente la decepción. Pero en la naturaleza del ser humano, siempre está abierta la posibilidad de que vuelva quien ha sido fuente de decepción, ya que la condición amorosa del mismo hace que el amor esté siempre por encima de cualquier otro sentimiento. Desde una postura cristiana, afirma Marías, es en el amor donde radica la semejanza del hombre con respecto a Dios, más que en otras condiciones divinas.

Toda relación con los demás está mediada, entonces, por la posibilidad de amar de diferentes maneras y en distintas intensidades, la necesidad de sentirse amado es esencial para la felicidad del hombre; lo importante es la posibilidad de ajustar la forma de amor a cada persona y situación. Sin embargo, la felicidad femenina y masculina no son iguales, dadas las condiciones particulares de cada género es también loable pensar en las diferencias marcadas entre uno y otro en su propia concepción de la felicidad pues, en palabras de Marías, cada uno de los géneros tiene su propia forma de proyectarse.

Para el autor, la virilidad es entendida como el entusiasmo por la mujer, en ningún momento esta puede ser tomada como si el hombre tuviera una posición por encima de ella, y en esto es enfático. Lo importante en este sentido es aceptar la condición sexuada de cada uno y sentirse parte del mundo en el que se existe, de esta forma dicha condición se instala en el ser humano y se convierte en fuente de felicidad (Marías, 1989, p. 303). La aceptación del cuerpo y el disfrute de este de la mejor forma también es parte fundamental de la felicidad, y acá es necesario también tener presente la instalación de la edad como parte natural del proceso vital, pues al permitir que la edad se instale en uno como ser humano, se permite la posibilidad de explorar otras vivencias, tomar otras posturas, construir otros puntos de vista que enriquecen enormemente la propia vida contribuyendo a la felicidad.

La instalación del género masculino irradia toda la historicidad de la persona, toca todo su entorno biográfico y todo el proceso evolutivo del ser. En su relación con la mujer, el hombre tiene ya una estructura programada desde la relación intersexual: este debe ser seguro y decidido con los recursos y con el conocimiento o, por lo menos, estas son las características que, de acuerdo al autor, debe

conquistar para llegar a ser feliz (Marías, 1989, p. 299). Si se esfuerza en esto, ya podrá gozar en cierta medida de la felicidad, pero si las consigue desarrollar, podrá ser feliz a plenitud.

Otro aspecto a considerar por el autor, aunque de modo más bien breve, es la profesión (Marías, 1989, pp. 300-302), respecto la importancia de sentirse satisfecho con ésta mucho más que con la condición económica que la envuelve para ser determinante de la felicidad. Además, le da el carácter de vocación como propiedad fundamental para que esta sea fuente de felicidad, aislándola también de la condición de rivalidad que suele erigirse con otros profesionales de la misma área y de la competitividad que se genera entre estos.

El varón entonces se debe definir en virtud de la mujer, al igual que la mujer encuentra su definición en referencia al varón. La esencia del asunto se encuentra, por tanto, en la manera como estos se relacionan. El núcleo de la condición masculina consiste en la posibilidad de proyectarse a la mujer, donde se encuentra la mayor fuente de felicidad. En esta relación, obviamente, surge el encuentro sexual como actividad felicitaria inmensa, pero esta se da si no es sólo el encuentro sexual la que media en una relación entre hombre y mujer (Marías, 1989, p. 306). Para que el encuentro sexual sea realmente fuente de felicidad plena, la relación entre hombre y mujer debe desarrollarse desde otras dimensiones de la vida que son mucho más amplias y bastas. Además, cuando se presenta una relación únicamente sexual con la mujer, se produce un empobrecimiento de las posibilidades que ofrece la relación intersexual, por lo que se pierden posibilidades interesantes de explorar nuevas experiencias felicitarias.

La mujer, como fuente de felicidad y como persona feliz, puede definirse como aquella que se da a sí misma, con gran capacidad también de recibir del otro y alejada totalmente del narcisismo, porque la naturaleza femenina es generosa: "La mujer es feliz entonces cuando se siente comprendida, estimada, admirada, pero sobre todo, amada" (Marías, 1989, p. 315). Por otro lado, la historicidad de la mujer como ser en el que se han descargado gran cantidad de injusticias, la pone en una situación de desvaloración en cuanto a su realidad legal y social; pero esto puede ocurrir también desde su vida privada porque la mujer no es imaginada ni proyectada como tal, sino que su papel tiende a ser fragmentado por quienes están a su alrededor: los hijos sólo la conciben como madre, el esposo sólo se limita a disponer de ella pero no a construir realmente convivencia junto a ella, etc. cuando la mujer es feliz, irradia felicidad a otros, la esparce través de todas las dimensiones de su ser y va trasfigurando todo a su alrededor, para el autor, esta es la condición fundamental de la felicidad en el mundo.

La muerte es una realidad que siempre está presente en la vida del hombre, pero que se va aplazando conforme la vida va transcurriendo y va adquiriendo un carácter de inadvertida en razón de la falta de su presencia en la vida de los seres humanos, donde se alcanza hasta una falsa sensación de inmortalidad que va llenando el acontecer de la vida. Pero la presencia de la muerte también hace que se le confiera un valor único a cada día de la vida, cuando esta se tiene presente le aporta a cada situación un aire de unicidad y valor incalculable; por lo que cada experiencia se vive con gran intensidad. Por ello, la muerte tiene el poder de configurar la vida misma en su contenido y dramatismo lo que debe llevar a valorar aquello que es realmente importante en la vida de cada ser humano.

Frente a esto, Marías plantea un experimento imaginario: contemplar la posibilidad de la muerte en los próximos días y revisar las actividades que se harían en dicha situación. El resultado debería ofrecer una lista de aquello que es realmente importante en la vida, lo insustituible y lo que es verdadera fuente de felicidad:

Esta situación, o solamente su imaginación eficaz, nos llevaría al descubrimiento de la absoluta primacía de las personas *como tales* sobre toda cosa (o persona cosificada, tratada como cosa). Veríamos que nuestra felicidad depende sobre todo de unas cuantas personas insustituibles, como yo mismo lo soy y propia vida lo es. Se impone, pues, gracias a la presencia de la muerte, una selección cualitativa de los componentes de la vida y de los momentos que temporalmente la integran; y ello precisamente en la perspectiva de la felicidad. (1989, p. 328)

Si el ejercicio ofrece como resultado igualdades marcadas con respecto a la vida que se lleva, quiere decir que la vida que se vive es auténtica, lo que puede ser un aporte inmenso a la felicidad que puede alcanzar una persona. Además, la esperanza de la inmortalidad entabla una relación entre la felicidad en este mundo y la que puede alcanzarse después de la muerte, ello intensifica también la felicidad.

La felicidad es entonces el sentido de la vida de acuerdo al autor, cuando se pierde la felicidad, se pierde también el sentido de la vida; este puede experimentarse cuando al levantarse una persona siente deseos de vivir. Frente al sentido de la vida la imaginación juega un papel determinante, ya que lo que hace el ser humano es proyectarse continuamente concibiendo nuevas trayectorias, aunque la rutina lo haga pensar que la estructura de la vida que tiene permanecerá inmutable. Ello le brida también al ser humano cierta tranquilidad, pues hay una ilusión de seguridad en la cotidianidad de la vida que se tiene.

Frente al sentido de la vida, el autor propone dos vías diferentes de entenderla pero que llegan a una misma concepción que perjudica directamente la felicidad (Marías, 1989, pp. 330-332). La primera es más propia del varón y está relacionada con la idea de que felicidad es un punto de llegada, la cima que se debe alcanzar; por lo general relacionada con el dinero, la riqueza, la ambición. La segunda es más propia de la mujer y se cimenta sobre el principio de ver la vida como declinación al llegar a la cima deseada. Ambas posturas conciben la felicidad como un punto de llegada, desligándola completamente del proceso o del recorrido necesario para llegar hasta el punto que se deseaba.

Relacionado con lo anterior (observar la felicidad como un punto de llegada) Marías reconoce que la felicidad puede estar prefigurada, es decir, puede estar concebida con anterioridad en la mente del ser humano de acuerdo a lo que él cree que lo hará feliz, pero este no puede saber cuál es la realidad que le espera porque ésta es emergente (1989, pp. 332-334). Por lo tanto, esa felicidad no está dada y no puede garantizar que se sentirá felicidad cuando llegue el estado que se había proyectado.

La cotidianidad se vive como si esta fuera estática, como si su estructura fuera a conservarse siempre, pero la rutina nunca es la misma, siempre hay cambio y en la medida que van aceptándose trayectorias y proyecciones nuevas y se van dejando otras, se van transformando las dimensiones de la vida. Al revisar la cotidianidad de la vida, se cataloga a veces con gran importancia cosas que es posible que no lo sean tanto y viceversa, cosas a las que no les damos mucha importancia, son las que realmente le dan sentido de la vida: "La vida es cotidiana, y por otra parte intrínsecamente proyectiva" (Marías, 1989, p. 335).

La imaginación, en este sentido, hace que el hombre proyecte también su muerte en la muerte de los otros, lo que pasa más a menudo cuanto más viejo se vaya haciendo el ser humano. Se va aspirando entonces a no morir, a permanecer en la vida sobre todo ocupándose de aquellos por los que se siente amor (Marías, 1989, pp. 342-343). Es el amor el que lleva al ser humano a desear la eternidad, el que es egoísta no tiene amor para querer permanecer en vida (pp. 345-346). La perdurabilidad de la existencia se piensa entonces en términos de aquellos a quienes se ama, en ellos es en quienes se desea la inmortalidad.

### **Conclusiones:**

La vida se va alimentando en la memoria, aunque es necesario mantener vivo al niño, al joven que se haya sido para poder mantener la vida en su configuración feliz, proyectando la posibilidad de alcanzar

las trayectorias perdidas o truncadas en la vida después de la muerte como medio para alcanzar la felicidad plena; lo que daría sentido a la conexión entre esta vida y la vida después de la muerte, en consonancia con la posibilidad de alcanzar la felicidad verdadera después de la muerte.

Respecto a la felicidad, esta se encuentra representada en las personas que son la principal fuente de felicidad, aquellas que son irremplazables y que estarían presentes en la vida perdurable; son esas personas sin las que se piensa que no se podría vivir. La felicidad entonces tiene un carácter fugaz en esta vida, pero en su forma auténtica debe ser imaginada en la vida después de la muerte para que tenga un carácter de realidad, es decir, debe estar siempre viva en la ilusión de poder ser alcanzada.

La muerte puede configurarse entonces como una "frontera", un límite entre esta vida y la vida que hay después de la muerte, lo que implica un algo que no se conoce, que es misterioso y que le acontece al ser que deja de existir pero que no se puede saber qué es (reencarnación, tormento, aniquilación) También pudiera ser vista como el simple acabamiento de la vida, lo que le pasaría a las personas que observan la muerte, pero de lo que no estaría consiente el muerto mismo; también puede concebirse como un paso o como el fin o como la nada.

De todas maneras, la muerte debe ser vista como parte del argumento de la vida, como elemento mismo del dramatismo que la caracteriza, de la realidad de la existencia que tiene que ver con aquello que es insustituible en la existencia.

Se debe entonces imaginar la vida después de la muerte para poder desearla, en su sentido pragmático; y se debe tener la confianza de que no sea como la imaginamos y de que no hay nada que pueda superar la realidad como un medio para poder asumirla.

La ilusión es la confianza de vivir aquello que hace feliz a un ser humano, la cual, al igual que la felicidad, se experimenta antes del acontecer de esta misma y continúa después de esta. Desde la perspectiva amorosa del hombre, la ilusión puede ejemplificar la muestra más completa de felicidad la cual llena todas las dimensiones del ser humano. Mantener la ilusión y hacerla más continua podría ser tomada entonces como una forma de alimentar la felicidad y la vida misma, pues las características que la definen, son aquellas que también configuran a la felicidad y a la vida.

Por último, pensar la felicidad no ha sido una tarea fácil para los filósofos. Implica, por el contrario, una reflexión profunda frente a diversos problemas fundamentales de la filosofía, tales como la existencia

y su sentido, el hombre, la ética y, en el caso de Julián Marías, Dios. Encontrar sistematicidad y coherencia en la solución de dichos problemas lleva a cada uno por caminos cada vez más amplios y más esclarecedores. Ahora bien, mientras los filósofos avanzan entre las obturaciones que se les ponen en frente por la razón, la experiencia y la fe, muchas personas que no se dedican a la filosofía no tienen ni siquiera el punto de partida para preguntarse por su felicidad, o la ven tan inalcanzable que prefieren quedarse en lo que Marías llama el Limbo. Por lo tanto, es una función poco desdeñable de los filósofos proveer al menos aquel punto de partida a los no-filósofos, de manera que puedan asumir el riesgo del todo o nada, en una apuesta que con seguridad agradaría a Pascal.



## Bibliografía

Abbott, J. (1982). Julián Marías y el concepto dinámico de la vida. *Cuenta y Razón* (7). ISSN. 1989-2705

Alarcón, R. (2007). Investigaciones sobre psicología de la felicidad. Congreso Latinoamericano de estudiantes de psicología COLAEPSI. Lima (Perú).

Almeida, J. (2006). La educación en Julián Marías. *Cuenta y razón* (144). ISSN1989-2705

Burgos, J. (2008). ¿Es Julián Marías personalista? *PERSONA. Revista Iberoamericana de personalismo comunitario*. Pág. 27 – 33.

Carpintero, H. (1996). El magisterio de Julián Marías. *Cuenta y Razón*. ISSN1989-2705

Del Agua, J. (2006). Julián Marías y la libertad. *Cuenta y Razón* (144). ISSN1989-2705

Del Agua, J. (1998). Los artículos de Julián Marías. *Cuenta y Razón* (106). ISSN1989-2705.

Del Llano, C. (2012). Julián Marías. Ambición y vocación intelectual. *Cuenta y Razón* (23). Pág. 19 – 24. ISSN1989-2705.

Fierro, A. (2008). Conocimiento contra infelicidad: para una psicología epicúrea. *Escritos de psicología* (2), pág. 7 – 23.

Gamero, I. (2007). La lógica de las apariencias. *Espéculo. Revista de estudios literarios* (37).

González, E. (1995). Un descubrimiento ético: El tratado de lo mejor de Julián Marías. *Cuenta y Razón* (92). ISSN1989-2705.

Lúkar, F. (2010). Sufrimiento humano y contextos de ajuste terapéutico. *Revista IIPS* (13). Núm. 2. Pág. 231 – 242. ISSN 1609-7475

Marías, J. (1989). *La felicidad humana*. Madrid: Alianza Editorial

Marquard, O. (2006). *Felicidad en la infelicidad. Consideraciones filosóficas*. Bautista serigós Ed. ISBN 9871283296. Buenos Aires.

Riaza, M. (2006). Julián Marías, un pensamiento hablado. *Cuenta y Razón* (141). ISSN1989-2705.

Rojo, J. (1992). Justicia y derecho en Julián Marías. *Persona y derecho: Revista de fundamentación de las Instituciones Jurídicas y de Derechos Humanos* (26). Pág. 329 - 357 ISSN 0211-4526.